

EL SEGUNDO VIAJE DE COLON Y EL DOCTOR CHANCA

José Rafael Fortique (*)

Al regresar Cristóbal Colón a España y dar la nueva del descubrimiento de tierras exóticas, ese cronista de tantos hechos que fue Pedro Mártir de Anglería, en carta fechada el 14 de mayo de 1493, resume la noticia así:

“Uno de estos días pasados, volvió de las antípodas occidentales un tal Colón, de nación ligur, que muy difícilmente para tal jornada, consiguió unas carabelas de mis reyes que consideraban ser puro sueño lo que les decía. Regresó ya y trajo muestras palpables de muchas cosas preciosas, oro principalmente, que aquellas tierras producen de suyo”.

Pero fue más que eso. Al correr la voz y ser reproducida en millares de ecos que “el mar verde de lo misterioso” había sido surcado por un puñado de valientes y que el océano tenebroso ya no era ningún arcano, surgió ante el mundo español toda una vasta región llena de islas encantadas que, más allá del ancho mar occidental, cautivaban la imaginación y encendían los pechos de entusiasmo. ¿Se encontró al fin una ruta más cercana para llegar a las islas de las especias? ¿Las costas del Gran Khan estaban más próximas de lo que se creía y ahora quedaban abiertas, con sus inmensas riquezas de sedería y jade, a los emprendedores y ambiciosos?. Escalofríos de impaciencia sacudían a los que no habían alcanzado aún el triunfo o la gloria en las guerras contra el moro, a los segundones de familias importantes, a los hidalgos de vacía bolsa, a los frustrados, a los fracasados. Quizás ésta era la gran oportunidad, quizás en ésta aventura por la ruta del poniente aguardaban la nombradía y el oro. Y así, en marcado contraste con la primera expedición, el Almirante ya no sabía cómo rechazar a tantos voluntarios para el segundo viaje. En aquellos días que siguieron al descubrimiento del Nuevo Mundo se puede estar de acuerdo con Lumus, cuando dijo que después del regreso de Colón fue como el despertar de una raza.

(*) Socio Correspondiente en el Estado Zulia.

El doctor Chanca

En el segundo viaje de Colón, con toda España sobrecogida de asombro por el descubrimiento de nuevas tierras, en la gran flota de 17 barcos y cerca de 1.500 hombres, viene un médico graduado en universidad: el Dr. Diego Alvarez Chanca, profesional de Sevilla y al servicio de la Reina como médico de cámara. Hay que tomar en cuenta que sólo los más notables profesionales eran escogidos para ocupar tan alto cargo, donde tenían que atender a los monarcas y acompañarlos en sus viajes, traslados o expediciones, para lo cual se les remuneraba con largueza. Algún tiempo después, Alvarez Chanca pasó a ser médico de la princesa doña Juana, como consta por una Real Cédula del 7 de julio de 1492, mandando la Reina Isabel a sus contadores mayores le pagasen al profesional sevillano 68.750 maravedíes que se le adeudaban e ins-tándoles:

“Yo vos mando que averigüéis cuenta con el Dr. Chanca, físico de la Princesa mi muy cara e mi muy amada fija de los maravedises que se le deben de su quitación del año pasado”

El Dr. Diego Alvarez Chanca tomó parte en el segundo viaje de Cristóbal Colón a las Indias Occidentales por mandato de los Reyes Católicos, quienes le enviaron desde Barcelona la siguiente carta:

“El Rey y la Reina; Doctor Chanca:

Nos habemos sabido que vos con el deseo que tenéis de Nos servir, habéis voluntad de ir a las Indias, e porque en lo hacer Nos serviréis e aprovecharéis mucho a la salud de los que por nuestro mandato allá van, por servicio nuestro que lo pongáis en obra, e vayáis con el nuestro almirante de las dichas Indias, el cual vos hablara en lo que toca a vuestro asiento para allá, y en lo de acá.

“Nos vos enviamos una carta que vos sea librado el salario e ración que de Nos tenéis, en tanto que allá estuvieredes” (Martín Fernández de Navarrete: “Colección de viajes y descubrimientos de los españoles”, t.1, p. 54).

Segundo Viaje de Colón

El Dr. Chanca se unió a la gran flota de diez y siete “barcos de diversos tamaños que Cristóbal Colón reunió para su segundo viaje: iban a “bordo,

aparte de las tripulaciones, muchos hidalgos, religiosos, soldados, artesanos, aventureros; en las “bodegas llevaban armas, abundantes provisiones y bestias de labor y de carnes.

En este viaje de Colón no figuró ninguna mujer y todos los viajeros estaban al pago de los Reyes, con excepción de algunos caballeros que fueron aceptados en calidad de voluntarios. Dice el padre de Las Casas (“Historia de las Indias”, Fondo de Cultura Económica, México, t. 1, p. 346):

“Todos los cuales juraron sobre un crucifijo y un misal, y hicieron pleito y homenaje de ser leales y obedientes a los Reyes, y al Almirante en su nombre”.

El día miércoles 25 de septiembre de 1493, antes de que apareciera el sol, el Almirante hizo soltar las velas y desfilaron los navíos desde la bahía de Cádiz rumbo a las islas Canarias.

Gonzalo Fernández de Oviedo, de los primeros cronistas en la época de Colón (“Historia General y Natural de las Indias”, Ediciones Atlas, Madrid, 1959, t. 1, p. 54), escribe:

“En esta armada vinieron personas religiosas y caballeros e hidalgos y hombres de honra y tales cuales convenía para poblar tierras nuevas y las cultivar sancta y rectamente en lo espiritual e temporal y como por tan cristianísimos príncipes proveído, muchos criados de su casa real, y a todos los más de los principales dellos los ví y conosci”.

En éste Secundo Viaje de Colón vino también un boticario llamado Bartolomé de Avellano, quien estuvo a sueldo para el Servicio Real de Indias desde septiembre de 1493 hasta noviembre de 1496.

El Dr. José Riquelme Salazar, médico español, escritor e historiador, enfoca su atención sobre la indiferencia colectiva de la clase profesional médica ante las hazañas de Colón:

“El Descubrimiento de América sorprendió a los más y llenó de estupor a los intelectuales del país que no previeron la magnitud de lo hallado ni las repercusiones que aquello había de tener en el tiempo transcurso de los siglos. Esta situación escéptica, empero, duró poco, pues en el Segundo Viaje colombino se embarcó el médico Alvarez Chanca y la Carta que envió al Cabildo de Sevilla, con sus impresiones, son el mejor testimonio de que en el Nuevo Mundo había algo que hacer y mucho que remediar”.

Salvador de Madariaga, en su biografía del Almirante (“Vida del muy Magnífico Señor don Cristóbal Colón”, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1959, p. 375) escribe:

“Iba a bordo también un médico, felizmente para la historia, pues decidió escribir el Diario del viaje para informar al Cabildo de la ciudad de Sevilla. El doctor Chanca se había ofrecido voluntario para la expedición y los Reyes le escribieron el 23 de mayo, aceptando su oferta y hasta aventurándose a decirle: “e aprovecharéis a la salud de los que por nuestro mandado allá van”, afirmación que sobrepasa a la cautela usual en los Reyes Católicos. El doctor Chanca parece haber sido hombre jovial y sensato, y no desprovisto de cierta agudeza lindante con el escepticismo, rasgo más frecuente entre españoles de lo que su carácter quijótico y dogmático pudiera llevar a suponer. Fue muy útil al Almirante, no sólo como médico en momentos en que la salud de la expedición hubo de pasar por una crisis grave, sino también como naturalista competente para la observación y por lo menos en un caso notorio, como el hombre más capacitado para desenmascarar a un peligroso adversario disfrazado de amigo”.

Por su parte, R. Majo Framis (“Vida de los navegantes, conquistadores y colonizadores españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII”, Editorial Aguilar, Madrid, 1957, p. 259), describe al doctor Alvarez Chanca, o simplemente doctor Chanca, como también se acostumbraba en esa época a usar sólo el segundo apellido:

“Iba el doctor Chanca, físico de Sevilla, que escribe un relato de este segundo viaje; sujeto un poco ampuloso, un poco ilusionado y artista, a pesar de su práctica ciencia física, con largo semblante de pelícano, y oliscando todo suceso, como un brujo hace con las curiosidades mágicas de una hoguera de hechicería”.

Seguramente Majo Framis tuvo ocasión de observar un retrato del médico Chanca, para hacer referencia al “largo semblante de pelícano” con entera soltura; en mi caso, no he tenido la misma suerte, ni siquiera he encontrado una simple descripción de sus rasgos fisonómicos hecha por alguno de sus contemporáneos.

La carta del doctor Chanca

Del segundo viaje de Colón se perdió el Diario de a bordo, es decir, le-relación día a día de lo sucedido en el barco. La falta de este precioso docu-

mento ha sido, en parte, llenada por una extensa relación que el doctor Chanca escribió dando cuenta de lo que ocurría y lo que observó durante el viaje. El título completo de este manuscrito es "Carta al Cabildo Secular de Sevilla, describiendo lo que vio acompañando a Colón en su segundo viaje", sin fecha, pero se supone haber sido escrita en los últimos días de enero de 1494 pues Antonio Torres, quien la trajo a España, salió de la isla Isabela el día 2 de febrero de ese año.

Asombra que esta valiosa y célebre carta del doctor Diego Alvarez Chanca, la primera con tan interesantes noticias sobre las tierras recién descubiertas, permaneciera inédita, casi oculta, engavetada desde 1494 hasta 1825, cuando Martín Fernández de Navarrete la descubrió y sacó a la luz en edición especial (José López Piñero: "Las nuevas medicinas americanas en la obra de Nicolás Monarde", Asclepio, Vol. XLI, p. 3, Madrid, 1990).

Aunque se debe decir que algunas narraciones escritas por los primeros cronistas de América corrieron suerte parecida a la carta del doctor Chanca: la "Historia de las Indias" del padre de Las Casas permaneció inédita más de 300 años, pues tan sólo fue publicada en 1875. Muchas obras manuscritas han pasado de archivo en archivo, tanto privados como oficiales; quizás cuántas estén ignoradas todavía, en polvorientos anaqueles, hasta que alguien las encuentre: las cartas de Hernán Cortés a Carlos V fueron halladas en archivos de Viena, y el manuscrito del libro "Crónica de la Nueva España" de Francisco Cervantes de Salazar ("libro que llegará con el andar de los tiempos a ser más famoso que el de Solís", según afirma Germán Arciniegas), tardó cuatro siglos para ser publicado y dice Arciniegas: "Lo desenterró algún curioso en Madrid en 1914, para que lo editara, ese año, una institución norteamericana, la "Hispanic Society of América".

La Carta del doctor Chanca, después de las escritas por Colón, puede llamarse la Primera Crónica del Nuevo Mundo pues en ella se describen las distintas islas que encontraban, los costumbres de los indígenas, señalando animales raros como serpientes y lagartos, aves de hermoso plumaje y especímenes de feo aspecto. Menciona algunas plantas propias de las tierras que exploraban: "hay infinito algodón, hay infinitos árboles de trementina muy singular e muy fina; también he hallado una especie de canela".

Las primeras noticias de historia natural médica referentes a las nuevas tierras, vienen de este médico sevillano, ya que ninguno de los escritos con relación al Descubrimiento de las Indias Occidentales conteniendo noticias sobre productos curativos de esas tierras, fue redactado por un autor con verdadera formación médica, con la única excepción de la "carta" del doctor Chanca.

La Gomera

“Con tiempo y viento conveniente íbamos a nuestro camino”, escribe Chanca refiriéndose al trayecto de Cádiz a La Gomera, en las islas Canarias. Y más tarde: “En la Gomera fue necesario estar algún día para hacer provisiones de carne, leña e agua”.

Explica el padre de Las Casas (ob. cit. T. 1, p. 351) sobre el embarque en La Gomera:

“...y entre otros, ciertos de los que venían allí compraron ocho puercas, a setenta maravedises la pieza. Destas 8 puercas se han multiplicado todos los puercos que hasta hoy ha habido y hay en todas estas Indias que han sido y son infinitos; metieron gallinas también, y esta fue la simiente de donde todo lo que hay hoy acá de las cosas de Castilla ha salido, lo mismo de las pepitas y simientes en naranjas, limones y sidras, melones y de toda hortaliza”.

Y sigue el doctor Chanca:

“Partidos del Fierro a trece de octubre, dentro de veinte días habíamos vista de tierra y vieramosla a catorce o quince si la nao capitana fuera tan buena velera como son los otros navíos”.

Lo más interesante en la ruta escogida por Colón en este viaje, es que por sus vientos favorables e inexistencia de islas o islotes peligrosos, fue la seguida por los capitanes de barcos durante los siguientes cuatrocientos años, por considerarla más segura y más rápida para la travesía. Y la última sorpresa se recibe cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, se supo que submarinos alemanes la usaban para interceptar convoyes aliados o para entrar en agua de Latinoamérica (Almirante Samuel Elliot Morison: “Christopher Columbus, Mariner”, A Mentor Book, New York, 1956, p. 75).

La llegada

El médico sevillano, en papel de testigo presencial, continúa su relato:

“El primer domingo después de Todos los Santos, que fue a tres días de noviembre, cerca del alba, gritó un piloto de la nave capitana “¡Albricias! que tenemos tierra”.

La voz pasó de cubierta a cubierta por todos los barcos, causando gran alboroto y alegría y Chanca observa:

“Era maravilla oír las gritas y placeres qué todos hacían y con mucha razón, que la gente venían ya tan fatigados de mala vida y de pasar agua, que con muchos deseos suspiraban todos por tierra”.

Majo Framis (ob. cit., t. 1., p. 261) escribe:

“El doctor Chanca, físico sevillano que acompañaba al Almirante, en Carta al Cabildo de su ciudad, relata no ya el hecho externo, sino, lo que vale más, la emoción íntima de la tripulación al divisar las primeras tierras americanas. Por la proa de los navíos se vio aquel domingo 3 de noviembre de 1493 una isla, y luego se mostraron seis islas más, todas “harto grandes”.

Escribe el médico, sorprendido ante aquella naturaleza exuberante y plena de colorido:

“Era alegría mirar la isla, porque en este tiempo no hay en nuestra tierra apenas cosa verde”.

Por ser domingo, la isla fue bautizada “Dominica”. De allí pasaron a la “Marigalante”, y el Almirante tomó posesión de ella con el estandarte real en la mano. El doctor Chanca y el Almirante, con muchos alrededor, se adentraron en un bosque lleno de fragancias; el médico refiere en su Carta que mostró a Colón un árbol que tenía el más fino olor a clavo y parecía laurel, y otro dotado de muchas frutas salvajinas de las que comían

“...los que no eran muy sabios, e inmediatamente se les hinchaban los labios, lengua y paladar, y les venía tan grande ardor y dolor que parecía que rabiaban”.

Tal árbol parece ser el venenoso manzanillo que, por fortuna, sólo ocasiona molestias bucales pasajeras. Pasaron después a la isla Guadalupe, cuyo descubrimiento el doctor Chanca expone así:

“E luego, otro día de mañana partimos a una isla que parecía ser bajo desta, que habría siete u ocho leguas y llegamos a ella hacia la parte de una gran montaña que parecía que quería llegar al cielo, en medio de la cual montaña estaba un pico más alto del cual se vertían en diversas portes muchas aguas, en especial hacia la parte donde íbamos, de tres leguas apareció un golpe de aguas tan gordo como un buey, que se despeñaba de tan alto, como si cayese del cielo; parecía de tan lejos, que hubo en los navíos muchas apuestas, que unos decían que eran peñas blancas y otros que era agua”.

En estas impresiones iniciales del doctor, tan llenas de un asombro ingenuo pero muy sincero, se deja ver el impacto que la virgen geografía del Nuevo Mundo tenía sobre los ojos y la mente del europeo.

Fuerte La Navidad

Cristóbal Colón, “enojadizo y crudo”, según lo pinta el cronista López de Gómara, se dirigió hacia la Española en busca del Fuerte La Navidad, construido en su primer viaje, donde había dejado una pequeña guarnición de 38 hombres mandados por Diego de Arana. Navegando hacia el sitio, tuvieron una escaramuza con indios caribes: un marino vizcaíno fue mal herido falleciendo a los pocos días, lo que fue tomado como mal presagio.

Después, encontraron dos cadáveres a la orilla de un río; uno de los cuerpos llevaba un nudo corredizo al cuello, el otro, en un tobillo. El doctor Chanca tuvo que hacer papel de médico forense, por primera vez en América, al practicar el examen físico a dichos cuerpos, los cuales estaban en tan avanzado estado de descomposición que no pudo precisar si se trataba de europeos; pero al día siguiente tropezaron con otros dos cadáveres, uno de ellos barbudo y Chanca escribe en su Carta: “Algunos de los nuestros sospecharon más mal que bien, e con razón, porque los indios son todos desbarbados”.

El viernes 27 de noviembre de 1493, a medianoche, llegaron las naves frente al sitio donde, once meses atrás, habían dejado a sus compañeros. Colón hizo disparar dos bombardas, sin contestación por parte de tierra, Además, por más que se esforzaban en aquella oscuridad, no percibían signos de vida en la Navidad.

A la mañana siguiente vieron el Fuerte quemado en su totalidad, arrasado, sin ningún sobreviviente; tan sólo pedazos de tela europea o algún trozo desgarrado de cuero y el doctor Chanca escribe:

“...e fuimos donde solía estar la villa, la cual nos vimos toda quemada, e los vestidos de los cristianos se hallaban por aquella yerba”.

Muchos indios venían a contemplar la escena y Chanca comenta:

“Los indios que por allí parecían, andaban muy zahareños, que no osaban allegar a nosotros, antes huían...”

Los españoles, hirviendo en ira, acusaban abiertamente al cacique Guacamari; Colón guardaba silencio y esperaba, en tanto los indios que se iban acercando

lentamente defendían a su jefe y acusaban a otros caciques, pero de vez en cuando se delataban al referir la gran afición de los españoles muertos hacia las mujeres indias, lo cual había suscitado la indignación y la hostilidad de la tribu.

El Cacique Guacamari

El doctor Chanca presenció el interrogatorio que hizo Colón a los indios y lo acompañó cuando fue a ver al cacique que estaba acostado en una hamaca (“que es una cama de algodón como red”, explica el médico) quejándose de una herida sufrida en una pierna al ser atacado por los mismos que destruyeron La Navidad.

El Almirante pidió a Chanca que examinara la pierna del jefe indio y Chanca dice: “No tenía más mal en aquella que en la otra, aunque él hacía del raposo que le dolía mucho”. Colón tenía, después del examen del facultativo, la prueba de que Guacamari era culpable; sin embargo, seguía en su actitud de silencio y quietud absoluta. “El Almirante -escribe Chanca- no sabía que se hacer”. Y no hizo nada, en efecto. Prefirió, quizás para evitar un choque con aquellos indígenas más numerosos, zanjar diplomáticamente el asunto ante la indignación de la mayoría de los españoles presentes. Salvador de Madariaga, con su nacionalismo siempre a flor de piel, señala lo diferente que hubiera sido la reacción de Hernán Cortés! Pero Colón era Colón, un experto marino italiano de raíces judías, romántico y soñador, que sólo pensaba en encontrar tierras nuevas que le trajeran honores y nombradía; era un idealista que estaba más en su medio frente a las fuerzas de la naturaleza que ante las acciones de los hombres.

En el libro “Vida del Almirante don Cristóbal Colón”, escrita por su hijo Hernando Colón y cuya primera edición es de 1571, en Venecia, el descubridor acepta la versión del cacique traidor y hasta le hace obsequios. No se nombra en dicha obra al doctor Chanca ni se menciona la simulación y falsa herida del cacique, que el Almirante finge no observar. Pero, el erudito español Ramón Iglesia, del Centro de Estudios Históricos de Madrid, editor de la obra, en una nota al pie de la página 154 (Edición de 1947 del Fondo de Cultura Económica de México), dice textualmente:

“Según el doctor Chanca, médico de la expedición, no habían tales heridas, pero Colón prefirió fingir que creía ser verdad lo relatado por el cacique. Este, en lo sucesivo, fue muy leal a los españoles”.

El padre de Las Casas se solidariza con el hijo de Colón, que trataba de proteger a su padre, y en el libro “Historia de las Indias” adopta una parcializada

posición, no citando el engaño del cacique y no nombra para nada al doctor Chanca, en un esfuerzo por ocultar la conducta seguida por Colón.

Médico Legista

Diego Alvarez Chanca recibía un salario de 50.000 maravedises al año; estaba acompañado por un cirujano-barbero de nombre Melchor, de Zaragoza (Aristides A. Molí: "Esculapius in Latin América", Argosy-Anticuarium Ltd, New York, 1944, p. 88). Chanca fue, no sólo el primer médico universitario en llegar al Nuevo Continente, sino también el primer facultativo en funciones de médico-legista en América, al diagnosticar la causa de muerte en los cadáveres de los españoles encontrados en el Fuerte La Navidad, así como el demostrar la falsedad del cacique Guacamari; también, cuando diagnosticó una herida en el pulmón de un indio, "él respiraba a través de una lesión que tenía en la espalda" (Moll, ob. cit. p. 38).

La Isabela

Calmados los ánimos después de lo sucedido en La Navidad, Cristóbal Colón quiso fundar una colonia en la misma costa, en un sitio cercano donde los nativos demostraban ser amistosos, pero el doctor Chanca objetó el lugar por juzgarlo insalubre debido a ciénegas cercanas (Morison, ob. cit.. p. 82). En otro lugar de la isla, que ofrecía mejores condiciones, el Almirante fundó la primera ciudad europea del Continente americano y la bautizó "Isabela", en honor a la Reina Católica. Le construyó una pequeña iglesia, un almacén para las tropas y, por pedido del doctor Chanca, un reducido local para hospital.

Y cuando aquello tomaba ya visos de pueblo, cayó sobre él su primera epidemia, de la cual es mucho lo que se ignora, aparte de que todos los pobladores, incluyendo al mismo Almirante, cayeron contagiados: "La gente ha adolecido, en cuatro cinco días, el tercio de ella", escribió Chanca. El Dr. Francisco Guerra, actualmente un conocido historiador especialista en medicina colonial hispanoamericana, y Salvador de Madariaga, notable escritor y biógrafo de Colón, creen que se trató de un brote epidémico de gripe viral que dio mucho trabajo al doctor Chanca quien se vio en apuros para atender a tantos pacientes que se quejaban de malestar, anorexia, fiebre y dolores óseos y musculares; por lo mismo pidió un aumento en su salario, petición que el Almirante envió a los Reyes con su recomendación favorable: "Como médico actúa con gran diligencia y caridad en todo lo que cumple a su oficio".

El Almirante norteamericano Samuel Elliot Morison, en su biografía de Colón ya citada, página 84, afirma que cuando los primeros colonos y tripulantes cayeron víctimas de la epidemia en la Isabela, el doctor Chanca usaba las “especies” y plantas medicinales de la región en un perro, para probar si eran venenosas, antes de suministrarlas a los pacientes.

El 2 de febrero de 1494, Colón decidió regresar a España doce barcos de su flota, al mando de Antonio de Torres, enviando a los Reyes muestras del oro que habían recogido y explicándoles que la causa de enfermedades en sus hombres era “el cambio de agua y del aire”; les decía que la salud de la gente dependía de que se les enviara los alimentos a los cuales estaban acostumbrados en España, hasta que el trigo y la cebada que había sembrado dieran sus respectivas cosechas. Pedía, para los enfermos, ciertas “delicadezas” como azúcar, arroz, almendras y miel, todo lo cual fue aprobado por los Reyes Católicos.

Apartando los enfermos tratados por el doctor Chanca en la epidemia de la Isabela, los cuales, retrospectivamente, han sido considerados como casos de gripe viral, la primera enfermedad de que se hace mención en América es el escorbuto, descrito claramente por el doctor Chanca en su famosa carta (Francisco Esteve Barba: “Cultura Virreinal”, Salvat Editores, Barcelona, 1985, p. 784).

Chanca piensa que la tierra, aunque tenga muchos insectos molestosos en sumo grado, es verdaderamente bella y se advierte su sorpresa cuando afirma:

“Se han visto árboles que llevan lana y harto fina; hay árboles que llevan cera, en color y en sabor y en arder tan buena como la de las abejas”.

El médico sevillano jamás había visto bosques tan tupidos ni árboles tan variados y de copas tan altas, quedando asombrado ante el verdor de ese mundo vegetal que lo rodeaba y lo aturdió. Fue el primer profesional médico universitario en llegar a tierra americana y admirar las novedades que aquella naturaleza ofrecía o los recién llegados, así como observar a los habitantes y sus costumbres, todo lo cual hizo constar en su célebre y larga carta, al Cabildo de Sevilla. Sin embargo, lo notable de esta crónica tan minuciosa, escrita por un profesional médico que hasta su viaje con Cristóbal Colón era médico de cámara de los Reyes de España, es que no se menciona una palabra sobre enfermedades sifilíticas las cuales, según algunos europeos no españoles, eran endémicos en los nativos de tierras americanas, ni mucho menos que algún miembro de la expedición las hubiera padecido.

Es bueno hacer notar que el doctor Diego Alvarez Chanca no fue escogido por los Reyes de España para explorar científicamente las nuevas tierras descubiertas por Colón, ni para estudiar enfermedades raras, ni siquiera para

investigar remedios desconocidos en Europa. Su misión, escrita en forma clara por los Monarcas, consistía únicamente en cuidar la salud de los expedicionarios.

Chanca describió, en su Carta, los restos de canibalismo de los indios caribes que pudo encontrar en algunas de las islas donde desembarcaron. “Verdaderamente son idólatras -escribe- porque en sus casas hay figuras de muchas maneras”. Cuando pregunta a los naturales qué representan aquellos ídolos, le contestan con una sola palabra “Turey” que significa “cielo”. Chanca agrega que tienen brujos o “chamanes” y piensa que no son tan simples o infantiles como los pintó Colón después de su Primer Viaje. Dice:

“Tienen muchas herramientas, así como hachas e azuelas de piedra, tan gentiles e labradas, que es maravilla como sin fierro se pueden hacer”. Observa que en sus comidas con pescado, las condimentan con “ají” y explica que éste no es sino el pimiento bravío, que ingieren con mucho maíz preparado en diversas formas. Presta gran atención a las actividades cosméticas de los naturales de la isla Española (actual Haití y Santo Domingo) y expone en su carta:

“Sus galas dellos y dellas es pintarse, unos de negro, otros de blanco e colorado, de tantos visajes que en verlos es bien cosa de reir; las cabezas rapadas en logares, o en logares con vedijas de tantas maneras que no se podría escrebir. En conclusión, que todo lo que allá en nuestra España quieran hacer en la cabeza de una loca, el mejor dellos vos lo terná en mucha merced”.

El Retorno

Cristóbal Colon regresó a Cádiz el 11 de junio de 1496, dos años y nueve meses después de su partida.

Al regresar el doctor Chanca a España, apenas si era nombrado por su relación con los viajes del descubrimiento de las Indias Occidentales y por la carta que envió al Cabildo de Sevilla.

Con el paso de los años el nombre del doctor Chanca fue olvidándose y es de notar que muchos autores de obras médicas importantes parecieron ignorar la figura y la actuación de Chanca y así, por ejemplo, sorprende que un famoso historiador médico español del siglo pasado, don Anastasio Chinchilla, en su ya clásica obra “Historia de la Medicina española”, Imprenta de López y Compañía, Valencia, 1841, no solamente equivoca el nombre de Chanca y lo llama

Diego Alvarez Chacón, sino que también pasa por alto el papel histórico desempeñado por Chanca al ser el primer médico, graduado en una Universidad, que desembarcó y trabajó en las tierras recién descubiertas, pues no hace la menor alusión a ello en su citado libro.

Y es que el viaje del médico sevillano atravesando el océano pasó, en muchas ocasiones, tan desapercibido que el “Diccionario de Medicina y Cirugía” no lo cita y la “Biblioteca Manual Médico-Quirúrgica” de Antonio Bellano, en 7 tomos, Imprenta Real, Madrid, 1807, sólo trae la siguiente referencia:

Alvarez Chanca, Diego:

Doctor en Medicina. Escribió una obra “Comentum in Parabolas Divi Arnaldi de Villanova. Sevilla. 1514, in folio”.

Nada más. Ni siquiera nombra las otras dos obras que Chanca publicó.

El doctor Chanca había adquirido, en sus estudios universitarios, todo aquello que se ofrecía cuando los conocimientos médicos se iniciaban en modernidad; una vez graduado, a su regreso del Nuevo Mundo y después de años de práctica profesional, se dio a conocer escribiendo y publicando trabajos de buena factura y erudición. Comenta Luis S. Granjel, profesor en la Universidad de Salamanca, la importancia, en la medicina de aquellos años, del tema “Dolor de costado” (neumonías, pleuritis, etc.) y el sitio donde debía practicarse la sangría, que era la indicación terapéutica obligada en ese entonces: “A ella dedica un escrito monográfico Diego Alvarez Chanca, el médico que acompañó a Colón en su viaje a las Indias Occidentales”. Chanca también publicó otro libro titulado “Tractatus de fascinatione”, 1499, y Juan A. Paniagua, Profesor en la Universidad de Valencia (España) dice: “Sin duda es de 1499, con lo que viene a incrementar la inexhausta relación de incunables”.

El Profesor Juan A. Paniagua, en un trabajo aparecido en el volumen XXX de “Asclepio”, p. 365, Madrid, 1997, dice que el doctor Chanca no tuvo conciencia “de haber avistado un Nuevo Mundo” y que en el único recuerdo de su viaje, la carta al Cabildo, sólo alude a las islas recién descubiertas”. Pero, si a eso vamos, el mismo Almirante-Descubridor, después de realizar cuatro viajes explorando las nuevas tierras, con su manía obsesiva del Asia y del Gran Khan, falleció sin sospechar jamás que había llegado a un nuevo Continente. Chanca, con los estudios universitarios de su época, bajo la tradición galénica y envueltos aún en la bruma de la Edad Media, no estaba en las mejores condiciones intelectuales y culturales para ver con mente y pupilas visionarias aquellas islas de bronceados habitantes, así como para vislumbrar los inmensos cambios que se aproximaban en la medicina.

Edad

Se ha calculado que la vida del doctor Chanca, transcurrió entre 1450 y 1515, o sea unos 65 años de edad aproximadamente ("Asclepio", Madrid, 1997, vol. XXX).

Existen algunos documentos que señalan el paso de Chanca en su ciudad natal. En el Archivo de Protocolos de Sevilla hay uno, presentado ante el Alcalde ordinario García de Baena donde Juana Fernández, esposa de Diego Alvarez Chanca, físico, y Alonso Guillén, hicieron partición de los "bienes que quedaron por muerte de Alonso de Trasierra, padre de los menores Inés y Alfonso Guillén, de quienes eran curadores, en Sevilla, 1501. ("Documentos americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla", Tipografía de Archivos, p. 1, Madrid, 1935). En 1507, el doctor Diego Alvarez Chanca hizo que un esclavo negro que tenía en su residencia sevillana, Juan de Zafra, viajara al Nuevo Mundo con el objeto de vender mercancías y drogas medicinales, obteniendo buenos beneficios. El negocio continuó por varios años, hasta que el hábil y leal africano falleció en 1515 en tierras americanas, sirviendo aún a su dueño (The Hispanic American Historical Review, agosto 1967, Vol. XLVII, N° 3).

El 18 de abril de 1509, Diego Alvarez Chanca, físico, vecino de Sevilla en la collación de San Andrés, da poder a Diego de Ocaña, escribano del Rey, para, que en caso de que falleciera su criado Juan de Zafra, negro, comisionado para la venta de mercancías que el otorgante envía a la isla Española, le sustituya en dicha comisión ("Documentos americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla", p. 12).

Al parecer enviudó y contrajo nuevo matrimonio, pues el 19 de octubre de 1510, ante el escribano Manuel Segura, en Sevilla, hizo testamento a favor de su mujer Ana de Zurita, (ob. cit., p. 24). También, en este Archivo de Protocolos se encuentra un documento en el Libro IV, asentado por el escribano Manuel Segura con fecha 6 de octubre de 1513, en el cual Diego Alvarez Chanca en la collación de San Andrés, y Juan Bernal, boticario, vecino de Sevilla en la collación del Salvador, dan poder a Diego Fernández, estante en la villa de Santo Domingo para que cobre a Cristóbal Sánchez, vecino de Triana, maestre de la nao "Santa María de los Remedios" y a Ordoño Domingo, boticario de la dicha ciudad de Santo Domingo, el importe de las drogas y medicinas que envían en la citada nao (ob. cit., p. 74) ¿Podrá ser, acaso, este boticario Juan Bernal el mismo que tomó parte en la primera expedición de Alonso de Ojeda a Venezuela? Si es así, no cabe duda de que tanto él como el médico Chanca, después de sus experiencias personales en tierras americanas, se dieron cuenta del potencial económico que aquellas nuevas comarcas encerraban, no en expediciones buscadoras de oro donde se perdían vidas y hacien-

das sino por la escasez de recursos que inevitablemente ocasionaría el oleaje humano que llegaba incesantemente de Europa; con mente sagaz y objetiva se dedicaron a la exportación de mercancías y diversos artículos, medicamentosos algunos y de variados usos los demás, vendiéndolos en las islas antillanas a crecidos precios obteniendo considerable ganancia.

El doctor Chanca, visto 500 años después

Juan A. Paniagua y Luis S. Granjel, profesores de Historia de la Medicina en España, con sus trabajos sobre el doctor Chanca han hecho que la figura de éste sea plenamente conocida y aceptada en la historiografía como autor que escribió y publicó tres obras donde alienta el espíritu del Renacimiento que se iniciaba.

La vida y la obra de Diego Alvarez Chanca estuvo estrechamente vinculada a dos grandes descubrimientos que cambiaron por completo la marcha de la civilización occidental: el de la imprenta y el del Nuevo Mundo. Y con ambos se adaptó totalmente, aceptándolos y prestándoles, desde los mismos comienzos, su más amplia colaboración, asistiendo personalmente y ayudando al nacimiento de ambos.

En el descubrimiento de América, su entusiasmo fue tal que embarcó al lado de Colón en el segundo viaje, siendo el primer universitario en ejercer la Medicina en las tierras recién descubiertas, desde el 3 de noviembre de 1493, realizando una labor profesional muy variada e interesante, elogiada por el mismo Almirante y premiada por los Reyes Católicos.

En cuanto a la imprenta, con pocos años instalada en España, no sólo la acogió abiertamente al darse a la lectura de los libros que salían a la luz, sino que colaboró escribiendo y publicando varias obras médicas, incluso una etiquetada como incunable al editarse antes del año 1500.

BIBLIOGRAFIA

Colón, Hernando: **“Vida del almirante don Cristóbal Colón”**. Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

Chinchilla, Anastasio: **“Historia de la medicina española”**, Imprenta de López y Compañía, Valencia, 1841.

De Las Casas, B.: **“Historia de las Indias”**, Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

Esteve Barba, Feo: **“Cultura virreinal”**, Salvat Editores, Barcelona, 1965.

Fernández de Oviedo, G.: **“Historia general y natural de las Indias”** Ediciones Atlas, Madrid, 1959.

Granjel, Luis S.: **“Historia de la medicina española”**, Ediciones Sayma, Barcelona, 1962.

Haggard, Howard: **“El Médico en la Historia”**, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1952.

Madariaga, Salvador: **“Vida del Muy Magnífico señor don Cristóbal Colón”**. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1959.

Majo Framis, K.: **“Vida de los navegantes, conquistadores y colonizadores españoles en los siglos XVI, XVII y XVIII”**, Editorial Aguilar, Madrid, 1957.

Morison, Samuel Elliot; **“Christopher Columbus, mariner”**, Mentor Book, New York, 1956.

Moll, Aristides; **“Esculapius in Latin America”** Argosy-Anticuarium Ltd, New York, 1944.